

PROBLEMAS RELIGIOSOS

Annie Besant

Revista Teos3fica SOPHIA

Febrero, Marzo, Abril y Mayo de 1899.

Para el verdadero teosofista, la religión de cada hombre es cosa sagrada, y conscientemente no herirá nunca los sentimientos de nadie; pues cualquiera afirmación de verdad religiosa, ya sea propia o impropia, grosera o bien entendida, es sagrada para aquel que la acepta como encarnando su ideal particular. Tenemos el derecho de usar de lo más elevado de nuestra inteligencia y de lo más paciente de nuestro pensamiento en buscar la más sabia y más adecuada presentación de las cosas espirituales; pero por otra parte, debemos tener presente que las verdades espirituales tienen tantos aspectos, que lo más que puede hacer la inteligencia de una vez, es presentar un solo aspecto de tal verdad. Hasta cuando este aspecto se expone en forma cruda, no hace más que compartir la crudeza de todas las afirmaciones intelectuales de las verdades espirituales, no siendo la diferencia entre lo grosero y lo pulido, más que una diferencia de grado y no de clase. Podríamos, por ejemplo, comparar la idea más grosera de Dios que puede demostrar el campesino más ignorante, y los conceptos más sutiles del filósofo más elevado, sorprendernos la inmensa discrepancia; sin embargo, si se comparasen estos sutiles conceptos con el pensamiento de adoración de una Inteligencia espiritual superior, capaz de vivir conscientemente en el esplendor del LOGOS, podríamos comprender que todas las ideas acerca de Dios que puedan expresarse por el cerebro físico, sólo pueden representar grados de inexactitud, grotescos en su impropiedad. Hasta los más grandes videntes espirituales tienen que fracasar cuando tratan de expresar en números mortales la gloria de la Visión que ciega su enajenada mirada, y por tanto, nosotros, mucho más cuando tratamos de ideas acerca de la Deidad, formuladas por hombres y mujeres medio desarrollados como nosotros, y de aquí que debemos aprender a ser humildes y caritativos, al criticar a nuestros hermanos en creencias, si es que debemos hacerlo. Es más sabio buscar hasta en las opiniones más extrañas una leve indicación de un aspecto que no hayamos percibido, que usar las garras de la crítica para hacer pedazos una idea que contribuye a elevar un alma humana, y que está desarrollando en una inteligencia poco desarrollada los gérmenes de la aspiración y adoración.

Así, pues, al ocuparnos de los Problemas Religiosos, trataremos por lo menos de hacerlo reverentemente, poniendo cuidado en no herir los sentimientos humanos, teniendo bien en cuenta la máxima: "Nada que sea humano es extraño a mí." Al indicar las sendas en las cuales a la luz de la Teosofía sean posibles las soluciones, no trataré de imponer a ningún lector ideas inaceptables para su propia razón e intuición, pues la idea religiosa que un hombre se forme le es mucho más útil que la repetición a modo de cotorra de palabras que no representen su propio concepto individual de la verdad.

Hay cinco problemas religiosos que se presentan como de interés perenne y universal; y aunque cada uno de ellos exige un volumen para ser tratado debidamente, puede ser útil presentarlos con brevedad, demostrando como el método teosófico es a la vez sugestivo e iluminador; pues muchas veces en la religión, así como en la ética y sociología, reconcilia los partidarios de escuelas opuestas, armonizando conceptos superficialmente en desacuerdo, probando que no son más que facetas de la misma verdad cuando se ven sus relaciones mutuas. Estos cinco problemas son los siguientes: la naturaleza de Dios en la manifestación; existencia y desenvolvimiento del alma humana; el libre albedrío y la necesidad; el lugar de oración en la vida religiosa; la redención.

En primer lugar, nos ocuparemos del problema de los problemas, el de la existencia de Dios y los conceptos acerca de la Divinidad formulados por el hombre. Existe un principio fundamental que hay que reconocer al tratar de este problema: la unidad de la existencia. Si se considera a Dios y al hombre como fundamentalmente diferentes, separados por un inmenso abismo, entonces el problema de la existencia divina y su relación con el hombre nos mira con ceño desafiando toda solución. Pero si se considera

a Dios y al hombre como una esencia, a la humanidad como un retoño del Árbol de la Vida, como una de las miríadas de retoños subhumanos y sobrehumanos – un arco radiante de seres, dotados todos de vida divina- entonces la cuestión, en lo que al hombre afecta, no parece desesperada. El Occidente, al tender hacia el primer concepto, el de una diferencia fundamental de naturaleza entre el “Creador y lo Creado”, ha oscilado entre los extremos inaceptables de un Monoteísmo crudo y antropomórfico y el Agnosticismo filosófico; el Oriente, fundando su religión en el segundo concepto, el de la unidad, ha aceptado satisfecho un Panteísmo religioso que, a la vez llenaba las exigencias de la inteligencia, satisfacía las del sentimiento. El Panteísmo en Occidente ha sido hasta hoy como planta exótica, y sólo ha tenido fuerza en las inteligencias esclarecidas; su Dios ha permanecido una abstracción fría, sublime intelectualmente, pero frío en lo que toca al sentimiento. En Oriente, el Panteísmo, al paso que afirma tan claramente como es posible la Existencia Una, resolviendo todas las dificultades intelectuales con la afirmación de la universalidad de esa Existencia – Dios es todo y todo es Dios – reconoce naturalmente, por otra parte, una gradación sin fin de Seres que son innumerables expresiones de la Vida divina, algunos de naturaleza tan elevada y de tan vasto poder, y abarcando tal inmensidad de conciencia, que comprenden todos los atributos que el Monoteísmo cristiano ha creído necesario acumular para satisfacer tanto la inteligencia como el corazón.

Al fijarse uno en el Monoteísmo cristiano, se hace patente que cualquiera que se ocupe del estudio de la Existencia divina desde el punto de vista de la inteligencia, es seguro que pasará finalmente al Panteísmo; si no llega a él abiertamente, es porque no se atreve a formular la lógica conclusión de sus premisas. Ningún ejemplo mejor de lo inevitable de esta conclusión que el que presentan las Conferencias de Bampton, del difunto Deán Mansel; al seguir puramente una senda metafísica, viose conducido más de una vez a la “tenebrosa desolación de un desierto panteísta”, y tan apasionadamente se rebelaba su corazón contra una opinión que le robaba- dado su concepto erróneo del Panteísmo- a su Padre en el cielo, que echó a un lado las conclusiones irresistibles de su lógica, y se refugió en los dictados de la revelación como escudo contra el resplandor árido de un cielo vacío y de una tierra estéril. El Panteísmo Oriental que, como ya se ha dicho, asienta una existencia universal en la que tienen su raíz todos los seres, y acepta absolutamente la creencia de que en Dios “vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”, reconoce también que la Vida divina se manifiesta en modos de existencia que hacen desaparecer el vacío entre el hombre y Dios, manifestándose como Dios. Reconoce Inteligencias potentísimas que rigen los mundos visibles y los invisibles; los Dioses presidentes que guían el orden de la naturaleza y cuidan del destino de los hombres; los agentes de la Voluntad suprema en todas las regiones de la vida, objetos apropiados para la reverencia y adoración. Mientras más firme es la creencia en estos grandes Seres y más prácticamente se reconoce su existencia en la vida humana- cualesquiera que sean los nombres que se les den- tanto más fuerte es la religión contra los ataques del Agnosticismo y del descreimiento; pues estas falanges de Seres espirituales que se elevan en jerarquías ascendentes hasta que culminan en el Dios supremo del sistema a que pertenecen, proporcionan a los hombres ideas inteligibles de divinidad, que se elevan a medida que ellos se elevan, que se extienden con la expansión de sus conciencias, y satisfacen en todos los grados de la evolución los clamores del corazón humano por un Ser superior muy por encima de él, a quien pueda amar, confiarse, reverenciar, adorar, pedir ayuda cuando la humana está lejos. Hace posible y verdadero al “Padre en el cielo” para el niño y el labriego tanto como para el filósofo, presentando a la adoración el Ser concreto con facultades y poderes cada vez más dilatados que el corazón está siempre buscando. Los justos argumentos del

metafísico y del lógico contra la existencia de un Dios a la vez personal e infinito, se han estrellado una y otra vez contra la inquebrantable convicción del espíritu del hombre de que está relacionado y es hijo de un Ser divino poderoso, y el hombre ha rehusado tenazmente destruir su concepto de tal Ser, por más ilógico que fuese, hasta que se le ha presentado otro concepto más elevado, incluyendo todo lo que él buscaba en el más inferior.

Este punto de vista del aspecto-vida del Cosmos, es uno que de ningún modo hiere la razón ni trasciende la posibilidad; sobre este particular puede ayudarnos la declaración de un agnóstico reconocido: “Considerando la cuestión desde el punto de vista más estrictamente científico, la deducción de que entre las miríadas de mundos esparcidos a través del espacio sin fin no puede haber inteligencias, que superen la del hombre, como ésta supera a la del escarabajo, que no estén dotadas de poderes para influir en el curso de la naturaleza, tan superiores a los suyos como estos a los de la serpiente, me parece, no solamente bajo sino impertinente. Sin extralimitarse fuera de la analogía de lo que se conoce, es fácil poblar el Cosmos con entidades en escala ascendente, hasta que se llega a algo prácticamente indistinguible de la omnipotencia, omnipresencia y omnisciencia. Si nuestra inteligencia puede, en algunos asuntos, reproducir seguramente el pasado de miles de años y anticipar el futuro en miles de años, es claro, dentro de los límites de la posibilidad, que una inteligencia mucho mayor, aún del mismo orden, pueda reflejar todo el pasado y todo el futuro; si el universo está penetrado por un medio de tal naturaleza, que una aguja magnética en la tierra puede contestar a una conmoción en el sol, también es concebible un agente omnipresente; si nuestro insignificante conocimiento nos da alguna influencia sobre los sucesos, la omnisciencia práctica puede conferir un poder indefinidamente mayor” (1). Esta posibilidad del sabio agnóstico es conocida como una verdad por el Vidente, y además representa el aspecto-vida, como correspondiendo al aspecto-forma bosquejado por la ciencia; pues los mundos que nos rodean están en diversos estados de evolución, y están agrupados en orden ascendente. Nuestro propio planeta es una parte de un grupo de planetas que tiene su centro común en el sol; nuestro sistema solar forma parte de un grupo de sistemas que tienen su centro común en una lejana estrella; probablemente también este grupo de sistemas tiene un centro común con otros grupos similares de sistemas, y así sucesivamente. Así se ve que el universo está formado de departamentos, jerarquías graduadas de formas. La analogía de la naturaleza nos conduce de este modo a considerar jerarquías graduales, similares de Inteligencias vivientes que guían las formas, y de esta manera nos vemos frente a frente con los Dioses.

El Ocultismo nos enseña que sobre cada región de la naturaleza preside una Inteligencia espiritual; expresando este punto en forma más concreta, diremos que sobre nuestro sistema solar preside un Ser potente, el LOGOS, el Dios manifestado de este sistema. Podría ser llamado el Padre por los cristianos, Ishvara por los indos, Allah por los mahometanos. Su conciencia está en actividad en todos los puntos de su Cosmos; su vida lo sostiene, su poder lo guía; está presente en todas partes en él, fuerte para ayudar, poderoso para salvar. Confusamente sabemos que más allá de él hay otros aún más grandes, pero para nosotros es más fácil concebir el Poder que sostiene nuestro sistema, con el cual estamos definitivamente relacionados, que la conciencia más vasta que abarca miríadas de sistemas dentro de su reino. Cada LOGOS es para su propio universo el

(1) *Essays upon some Controverted Questions*, por T. H. Huxley, pág. 36, ed. 1892. No se pretende que el Dr. Huxley creyese que las cosas *son* así; los hombres prudentes, creía, podían decirlo “no probarlo”, y ser agnósticos.

objeto central de adoración, y sus radiantes ministros son adorados justamente por aquellos que no pueden alcanzar el concepto de esta Deidad central. A medida que los seres inteligentes de su reino se elevan en la escala de la evolución, su ideal de Dios se agranda, se ahonda y dilata; en cada punto de su desenvolvimiento, este ideal brilla sobre ellos halagándolos, bastante estrecho en el punto más bajo para satisfacer la necesidad de las más limitadas inteligencias, y bastante vasto para poner a prueba la inteligencia del pensador más profundo. De este modo puede encontrarse un concepto de la Deidad que sea inteligible para el niño, para el ignorante, para el poco desarrollo y que sea para ellos inspirador, consolador y sublime. Si se les presentara un concepto elevadísimo, sólo se conseguiría deslumbrarlos, y se quedarían sin nada a que su corazón pudiese asirse. La idea que satisface al filósofo no tendría significación para el ignorante, y las palabras que la expresaren no tendrían sentido para él; se le habla de un Ser en términos que sólo le llevan al helado vacío de un espacio inconmensurable, y le lanza prácticamente dentro del Ateísmo; no se le da nada con la pretensión de darle todo; pues un pensamiento que no puede comprender, no es para él pensamiento alguno.

¿Qué necesita el hombre en su concepto de Dios? Un Ser que satisfaga su corazón y fuerce el homenaje de su inteligencia, que le proporcione un ideal que pueda amar y reverenciar, y hacia el cual pueda dirigirse. Es mucho más importante que el hombre pueda comprender a Alguien, ante quien su corazón pueda dilatarse con amante adoración, que no que su concepto sea filosóficamente satisfactorio y metafísicamente correcto. La naturaleza espiritual debe ser estimulada a la actividad; el alma debe ser ayudada al desenvolvimiento; la chispa, que es la esencia del Fuego divino en el altar del corazón, debe arder dentro de la Llama de donde provino, y hacia la cual aspira constantemente. La actitud del amor, de la adoración, de la aspiración, es necesaria para el desarrollo del alma; y si los sabios tartamudean, si faltan las palabras, si el alma infantil sólo puede pronunciar con el interrumpido balbuceo de su infancia, ¿es que el Amor Supremo desprecia su descendencia porque su expresión del amor filial es torpe y el pensamiento inarticulado? “Como Aquel a quien su madre consuela”, siente el alma joven el Abrazo eterno, y al paso que la forma de que se revista a la Deidad pueda ser la de un Dios subordinado, la vida que palpita a través es una manifestación de la Vida una, del Amor uno.

La Iglesia Católico-Romana ha hecho frente a la variedad de las necesidades humanas, presentando para el culto de sus hijos, no sólo la “Bendita y gloriosa Trinidad” sino los poderosos Arcángeles y Ángeles, los “Dioses de la Antigua Sabiduría y de las religiones orientales, y la dulce y familiar imagen de la Madre María y de su Hijo niño. De aquí el gran poder que tiene la Iglesia sobre el ignorante, que se ve consolado en su lucha diaria y en su simple vida por la visión de estos visitantes celestiales; la humilde campesina puede murmurar sus penas al oído de la bondadosa Madre y sentirse segura de la simpatía femenil; el niño puede sonreír ante la faz de su Ángel Guardián, y entregarse tranquilamente al sueño bajo sus protectoras alas. Es de notar que la Iglesia Católico-Romana mantiene a los instruidos al paso que atrae a los ignorantes, satisface al filósofo mientras que consuela al labriego. Y esto es porque adapta su enseñanza al discípulo, y no presenta la piedra de una idea abstracta a aquellos que claman por el pan de una presencia concreta. Además, dando de este modo objetos inteligibles al culto de los no desarrollados, preserva de la degradación los conceptos sublimes de la Deidad que las almas avanzadas exigen. La presencia omnipenetrante de Dios omnipotente, omnipresente, omnisciente, y la gracia y divina maternidad de la Virgen inmaculada, permanecen como profundas verdades espirituales en la naturaleza, sin que la estrechez materializadora de la mente no desenvuelta llegue a vulgarizarla. El Sagrario se guarda sin mancha, mientras que las muchedumbres encuentran todo lo que necesitan en lo

exterior. Sólo aquellos que han sido ungidos con el crisma de la espiritualidad, pueden pasar tras el velo y ver la deslumbrante gloria del Shekinah alumbrando el Lugar más sagrado (2).

¿Cómo podemos hacer esta contestación efectiva para los millares de hombres ilustrados que hoy dudan de la existencia misma del alma?

Consideremos el problema referente a la existencia del alma, entrando en una región en donde las opiniones son más firmes que cuando se trata de remontarse a la existencia de Dios. Los hombres se preguntan: ¿hay alma? “Yo soy un alma” – contesta el filósofo espiritualmente iluminado.- Pero

Principiemos por determinar con claridad que sus dudas no son el resultado de un deseo de dudar y aun menos del deseo de vivir licenciosamente, como alguna gente fanática se imagina; proviene del funcionamiento de la mente sobre los hechos que les rodean y de las exigencias de un intelecto que no pueden eludir de buena fe; no pueden aceptar ideas acerca del alma que les parecen ilógicas e imbéciles, y prefieren andar a tientas en el crepúsculo del Agnosticismo antes que falsear su propio concepto de la verdad. Y ciertamente que semejante escepticismo está más cerca del reino de Dios que la cómoda costumbre de repetir una fórmula que no es la expresión del pensamiento del que la pronuncia. Es habitual a muchas personas que se creen religiosas, el tratar con dureza al escéptico; nunca se han visto frente a los problemas que el no creyente ha afrontado y tratado de resolver. Nunca han sufrido la amargura de la desesperación que abruma la mente y el corazón antes de que el hombre que ha sido creyente, pueda decir que no cree más, y que en su lealtad hacia la verdad tiene que sacrificar a ésta lo que fue su creencia. Nadie que haya pasado por esta tempestad y se haya visto en tales tinieblas, puede sentir otra cosa que no sea una simpatía profunda por aquellos que se ven envueltos en ellas, y que prefieren la desnudez del escepticismo a las manchadas vestiduras de la mala fe. Para toda alma fiel a la verdad, ya sea en esta vida o en otra cualquiera, el sol se levantará en la oscuridad; para toda alma que rechace una luz que sabe que es falsa, y prefiere vivir en las tinieblas antes que aceptarla, vendrá un día en que reciba juntamente la luz del conocimiento y la fe; poco importa que venga o no en este corto instante de vida, siempre que en toda circunstancia el alma permanezca fiel a la verdad y a la rectitud, y conserve sin mancha su fe en la virtud y su amor al hombre.

Al tratar de venir en ayuda de esta clase de personas para la solución del problema de la existencia de alma, es inútil aducir argumentos metafísicos, porque éstos han sido probados y rechazados; es inútil apelar a una intuición que por el momento se halla velada y cuya voz no ha sido atendida por suponérsela en el error. Tenemos que hacer frente al escéptico en el único terreno que por ahora reconoce como seguro, y presentar ciertos argumentos elementales basados en experimentos; estos, bien que no prueban la existencia del alma- esto vendrá más adelante- conducirán al estudiante al reconocimiento de una conciencia suprafísica, una conciencia cuya actividad no depende de las condiciones físicas normales, sino que se halla en contradicción directa

(2) Desgraciadamente, si ese *Sagrario* existe dentro de la Iglesia Católico-Romana, es tan celosamente guardado, que no trasciende al exterior ni para los instruidos ni para las mentes filosóficas, sino que a todos se les sirve el mismo burdo manjar que ha lanzado a tantos al indiferentismo y al materialismo. La Iglesia Católico-Romana tiene influencia y poder en la masa ignorante y en toda mente que, aunque instruida, sea fanática, pero le falta en absoluto en aquellos que no renieguen de la razón en las cuestiones religiosas, como preceptúa la Iglesia a sus fieles.- (N. del T.)

con ellas. La primera dificultad que tenemos que vencer, es la idea de que la conciencia que funciona normalmente en el cerebro depende de este cerebro, por lo que hace a su existencia; que el pensamiento es el resultado de la actividad nerviosa y no puede funcionar aparte de ella. Para desvanecer esta dificultad, no es necesario probar la existencia del alma en toda la vasta trascendencia de la palabra; consiguiendo que el estudiante llegue a probar por sí mismo que la conciencia puede funcionar a pesar de la parálisis de su órgano físico y fuera de las limitaciones físicas del tiempo y del espacio, lo llevaremos a una posición en donde se abren ante él otras sendas de investigación, las cuales pueden desentrañar una después de otra, hasta que se halle frente a frente del conocimiento del alma.

El primer paso es ver que la conciencia del hombre comprende mucho que no está normalmente presente en las horas de vigilia, y que hay muchas “capas de conciencia” que surgen en la oscuridad, cuando los sentidos no funcionan y el mundo externo se halla excluido. Además, que mientras más completa es la exclusión, tanto mayor parece ser el contenido de la conciencia. La acción de la conciencia cuando el cuerpo duerme, puede constituir el primer asunto de estudio. Puede obtenerse, una primera idea de la esfera que abarca este estudio con la lectura de obras como *Philosophy of Mysticism*, de Du Prel, e *Illusions, Desilusions and Hallucinations*, de Sully. Los sueños deben clasificarse (véase Sueños de Leadbeater) y tomar nota especial de los casos en que los autores obtienen sugerencias y planes en sueños, como el caso de R. L. Stevenson, en *The Strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*; su propio relato como somnolencia puede leerse con utilidad. Muchas personas pueden resolver durmiendo problemas que despiertos les ha sido imposible penetrar, y el estudiante puede por sí mismo hacer esta clase experiencias. Debe estudiarse la rapidez extremada de la conciencia del sueño, la sucesión de estados de conciencia que exceden enormemente en rapidez a todo grado de vibración de que es capaz la materia nerviosa física. Pueden experimentarse los curiosos resultados de la sugestión durante el sueño, que conducen a la prueba de que la conducta puede ser dirigida por una parte de la conciencia que no se muestra en las horas de vigilia.

Desde el sueño, el estudiante puede pasar a la consideración de los estados anormales semejantes en la exclusión del mundo externo, tales como el trance, el delirio y la excitación de la conciencia que procede algunas veces a la muerte. Mozart y Tensión atestiguan un estado, familiar a ambos, que trascendía el normal, y cuya duración no apreciaban; de este estado sacó Mozart algunas de sus más notables inspiraciones. Hombres que se han estado ahogando, al volver en sí, han atestiguado que han visto como en un cuadro toda su vida pasada. Se sabe de moribundos que han hablado lenguas que habían olvidado desde la infancia, y que han referido incidentes minuciosos del pasado, desvanecidos largo tiempo hacía de la memoria ordinaria. Al ponernos frente a frente de estos hechos, la conciencia cambia insensiblemente su aspecto, y vemos que nos rodea un vasto océano, del cual sólo una pequeña parte gotea a través de nuestro cerebro. Nada parece que se pierde; es echado fuera del cerebro por una corriente de nuevas impresiones, pero no se escapa nunca fuera de todo alcance. En ese océano de la conciencia que es nuestra, y que, sin embargo, no es la nuestra, es donde debemos explorar.

El estado de *trance* puede estudiarse muy a fondo por medio del mesmerismo y del hipnotismo, y no es necesario que entremos aquí en un examen detallado de experimentos, que pueden estudiarse en obras especiales y comprobarse por la observación personal. Los *Études sur la Grande Hystérie*, de Richet, el *Animal Magnetism*, de Bidet y Féré, y la *Rationale of Mesmerism*, de Sinnett, pueden servir como principio, encontrándose en esta última obra muchas referencias a otros libros.

Bastará con que resumamos los hechos: la sugestión puede causar e impedir lesiones físicas como quemaduras y ampollas; puede hacer que los sentidos respondan a objetos que sólo existen en el pensamiento y que sean totalmente insensibles a cosas que antes les estimulaban; puede transferir una enfermedad de una parte del cuerpo a la otra, y de una persona a otra, y puede curarla completamente; puede imponer a voluntad el sentimiento del placer, del dolor, de horror, de ira, de amor y de odio; puede hacer que una persona honrada robe, que una bondadosa sea cruel; puede borrar la memoria y hacer infinidad de otras cosas. Esto es: una conciencia externa puede tomar posesión de un cerebro y obrar con él a sus propios fines, mientras que el dueño verdadero está en el entretanto expulsado. Además, en estado de *trance*, el verdadero dueño puede mostrarse mucho más completamente que lo que hace en estado normal; la memoria se amplía tanto respecto de sucesos pasados como en su capacidad retentiva presente; la razón se hace más penetrante y sutil; la imaginación adquiere unos vuelos que jamás alcanza cuando se halla embarazada por la materia nerviosa; aparece la facultad de expresión, y vuélvese elocuente la lengua torpe; despiértense facultades latentes, y una muchacha obrera de una fábrica rivaliza con Jenny Lind. Más aún, los límites físicos se trascienden, y la persona en estado de trance diagnostica enfermedades internas, que después han sido confirmadas por la investigación post mortem, o bien ve lo que ocurre a cientos de millas de distancia, y da cuenta de una conversación que tiene lugar. Me falta espacio para resumir los hechos, pero no importa; pues el estudiante debe leer e investigar por sí mismo de manera que la fuerza de la evidencia que va acumulando obre sobre su propia mente, y le haga llegar a la conclusión de que sólo una pequeña parte de la conciencia se expresa por medio del cerebro.

Muy importantes, pero también muy raros, son los resultados que se han obtenido hipnotizando a locos. Se registran casos en los cuales, en el estado de *trance*, el loco se volvía cuerdo y tornaba a su locura normal cuando salía del estado de trance, o como yo diría, cuando volvía a tratar de funcionar por medio del instrumento imperfecto de su cerebro. Es difícil idear una prueba más definida de que el cerebro no es más que el instrumento de la conciencia en estado de vigilia, y sería muy de desear que los doctores a cuyo cargo se hallan los locos, reuniesen hechos respecto de la influencia en éstos del magnetismo e hipnotismo.

El estudiante debe analizar después las pruebas de la aparición del “doble” aparte del cuerpo físico – los “fantasmas de los vivos”- como han sido llamados. La obra de los Sres. Gurney y Myer sobre este asunto, puede servir de punto de partida, y cada cual puede reunir pruebas sobre el particular por sí mismo, dentro del círculo de la gente que conoce. Unos pocos llegarán a ver que pueden de esta manera visitar a amigos a larga distancia por un esfuerzo de la voluntad, pero la experiencia será rara. Pero si el testimonio humano vale algo, el hecho de que se aparecen efectivamente fantasmas de los vivos está fuera de toda duda, y esto significa que la conciencia puede funcionar muy lejos del cuerpo físico que normalmente usa como su instrumento.

Después de esto sigue la demostración de que la conciencia individual que de este modo se ve que funciona fuera del cuerpo durante la “vida”, sobrevive a la “muerte”. En este punto tienen su correspondiente lugar como pruebas los fenómenos clasificados como “espiritistas”, y ninguna obra mejor puede estudiarse que aquella en que Sir William Crookes expone sus propias investigaciones. Cualquier investigador sincero y paciente puede convencerse por experiencia personal del hecho de la supervivencia individual; y aparte de toda sesión espiritista y pesquisa formal, hay pruebas sobradas de comunicaciones voluntarias, visibles y auditivas de aquellos que han pasado “más allá del velo”, pero que por alguna razón han tratado de acercarse de nuevo a sus amigos en la carne.

Una vez que de este modo se haya establecido cuando menos un caso *prima facie* sobre la separación de la conciencia de su órgano físico, y sobre su supervivencia después de la muerte de aquel órgano, el estudiante podrá desear someterse a la educación y disciplina necesarias para obtener un verdadero conocimiento de la existencia del alma. El camino de la meditación que llega a la conciencia superior, es el sendero por donde tiene entonces que marchar, y no puede esperarse que entre en él hasta que crea que hay alguna probabilidad de obtener el conocimiento que busca. El proceso es laborioso y de mucho trabajo, y exige una gran perseverancia antes que se realice ningún progreso aparente; pero cientos y cientos de hombres y mujeres lo han seguido, tanto en el pasado como en el presente, y son testigos de los resultados obtenidos. Si se adquiere un dominio completo de la mente de manera que pueda dirigirse, sin que varíe, a un solo punto, y luego dejando este punto puede permanecer equilibrada y fija, quieto el cerebro, dormidos los sentidos, entonces se eleva en el horizonte de la mente otra clase de conciencia reconocida por el pensador como él mismo, pero como él mismo en un estado de ser superior. Así que se eleva a este estado, sus poderes se amplían repentinamente, las limitaciones se desvanecen, y una nueva vida más penetrante y sutil late en él; él parece pensamiento más bien que pensador. Los problemas que le embarazan le presentan sus soluciones; cuestiones que eran insolubles, son resueltas con sencillez y claridad; las dificultades han desaparecido; todo es luminoso...

¿Dirá alguno que este estado es un mero sueño del día en que el soñador está a merced de su imaginación? Seguramente el testimonio de los que lo han experimentado es más valioso que los asertos de los que nunca lo han alcanzado, y su testimonio es invariable y se extiende por miles de años. Este es uno de los métodos que se han seguido en Oriente por incontables generaciones, y estas prácticas no han desarrollado meros soñadores, o simples poetas, si es que los poetas son desdeñados por los hombres científicos, sino algunos de los más profundos metafísicos y filósofos que la humanidad ha producido hasta hoy. La poderosa literatura de la India, por no decir nada de los libros sagrados de otros países, atestiguan su eficacia; pues los escritores de las obras más nobles de la India, eran hombres de meditación. No es opinión sólo del entusiasta, sino la opinión de muchas de las mentes más agudas de Europa, de que los pensadores indios ofrecen soluciones de problemas psicológicos, y teorías y pensamientos acerca del hombre que merecen la consideración más respetuosa y el estudio más atento. La meditación como modo de trascender la mera conciencia cerebral, está recomendada, no sólo por el místico sino por el metafísico, por inteligencias que se sumergen en el Océano de la Existencia, y nadan donde la mayor parte se ahoga. Por su medio puede obtenerse el conocimiento de que el hombre es una conciencia que trasciende las condiciones físicas, y sólo cuando se alcanza esta conciencia puede probarse la existencia del alma por conducto de la inteligencia.

Hay otro medio: el medio de la devoción, que alcanza la meta obtenida por conducto del intelecto; y para muchos de nosotros este medio es mucho más atractivo, es una senda que preferimos. En ella, nuestra meditación se dirige a un objeto adorado y amado, y la pasión del alma por ese Ser espiritual elevado, consume todas las capas que la separan del objeto de su adoración, tanto que unida a Él, encuentra la certidumbre de su propia inmortalidad, reconociéndose como existente por sí misma, y por tanto, una con el Uno que es vida. Entonces el conocimiento reemplaza a la fe, y el devoto, lo mismo que el filósofo, se reconoce eterno.

EL LIBRE ALBEDRÍO Y LA NECESIDAD

Cuando un problema se ha estado discutiendo durante cientos de años, y cuando ha sido debatido por las inteligencias más penetrantes, quizá se considerará pretencioso el asegurar que pueda resolverse comprendiendo a fondo tres factores principales de la evolución humana. Sin embargo, el teosofista no puede evitar fácilmente el hacer esta declaración, cuando considera el problema del libre albedrío y de la necesidad; pues a la luz de la semejanza de la naturaleza divina y humana, de la reencarnación y del Karma, las dificultades se desvanecen y la solución se hace evidente. Sin estas tres verdades, nunca podrá ser resuelto el problema. Hay una necesidad que nos obliga y nos guía; hay un libre albedrío que decide y elige. Presentado así, surge una paradoja: de cómo puede un alma ser libre y a la vez ser obligada por un destino inexorable.

“El hombre está hecho a imagen de Dios.” En una forma u otra aparece esta afirmación en todas las religiones del mundo. En todas partes ha sido creída, en todo tiempo y por todos. Lleva el sello de la universalidad. En esta verdad yace oculta la reconciliación de la necesidad y el libre albedrío.

Cuando tratamos de estudiar algunos de los atributos del Dios manifestado, reconocemos entre ellos el de la Voluntad. En efecto; la Voluntad parece como si fuera el atributo supremo del LOGOS, y nos representa la fuerza suprema que todo lo penetra, que todo lo dirige, irresistible. Majestuosamente libre, determinada por Sí misma, se nos aparece impulsando todas las cosas, pero sin ser a su vez impulsada. Nos apoyamos en ella con absoluta confianza como sobre una roca firme, y el orden exquisito y la estabilidad de la naturaleza se hallan, para nosotros, arraigadas en esta Voluntad inmutable que a todo impulsa.

Cuando pensamos en el hombre y consideramos que contiene en sí los gérmenes de todas las potencias divinas, como la bellota contiene la potencialidad de convertirse en la encina perfecta, buscamos, naturalmente, en él el germen de esta voluntad imperial, puesto que siendo la imagen divina, debe serlo en el poder de la voluntad así como en todo lo demás. Encontramos en él el atributo de la voluntad, y le vemos ejerciendo la facultad de la elección; pero cuando analizamos este atributo y registramos bajo la superficie de este albedrío, aparentemente libre, nos encontramos que la voluntad está siempre limitada y contrariada, y que la elección es impuesta de todos lados por fuerzas predeterminantes que la impulsan en una dirección. Se ve que la libertad es solo aparente y que la elección estaba determinada. Y, sin embargo, persiste obstinadamente la convicción que ningún argumento, por más lógico e irresistible que sea, puede desvanecer, de que el ejercicio de la voluntad contiene un factor que no se ha tenido en cuenta en el análisis riguroso del determinismo, un elemento sutil que se ha escapado al análisis minucioso del químico metafísico.

Esta convicción se ve reforzada por la observación de que lo que llamamos voluntad en el hombre, es un poder en proceso de evolución, y se halla, verdaderamente, en estado rudimentario en la mayor parte de la humanidad. Semejante poder no se encuentra en absoluto en el reino mineral, donde las afinidades y repulsiones son fijas y permanentes, y cuyas preferencias pueden ser bien conocidas y su repetición predicha. Hasta en las especies superiores del reino vegetal es excesivamente débil la acción selectiva, y no se puede decir que demuestra espontaneidad. En condiciones semejantes las plantas similares obran de un modo análogo. De la misma manera se observa en el reino animal una falta marcada de espontaneidad; pues la mayor parte de las acciones de un animal pueden calcularse de antemano por cualquiera que haya hecho un estudio de la especie a que pertenece, y los cazadores experimentados utilizan esta regularidad de acción para perseguir y coger la caza. Sin embargo, obsérvanse seguramente algunas aberraciones,

en especialidad en los animales superiores, y principalmente en aquellos que se hallan bajo la influencia estimulante del hombre. Cuando estudiamos los individuos menos desarrollados de la familia humana, encontramos también en ellos una desviación relativamente pequeña de la línea que de antemano puede trazarse. Son influidos por fuerzas cuya existencia ignora, y a las cuales se someten inconscientemente. Son impulsados a actuar principalmente por la atracción y repulsión que ejercen sobre sus deseos los objetos externos; la esperanza y el temor los impelen y arrastran, y dado que por regla general obedecen a estos impulsos originados por lo externo, pueden predecirse su modo de obrar con grandes probabilidades de acierto. Esto no obstante, observamos que a medida que se asciende en la escala de la humanidad, la espontaneidad de acción se convierte en un factor más y más señalado, y que al paso que en el hombre superior podemos profetizar con certeza acerca de muchas cosas que *no* hará, es prácticamente imposible predecir cual será su modo de obrar. Y esto se hace tanto más evidente, cuanto más desarrollado sea el hombre. La voluntad del santo y del héroe demuestra algo del carácter imperial de la acción propia que creemos característica de lo divino.

Por qué por “voluntad” entendemos la determinación de la fuerza desde el centro más íntimo de la vida, mientras que por el deseo- el cual es la reflexión ilusoria de la voluntad en la mayor parte de la humanidad- entendemos la determinación de la fuerza de aquello que está fuera de ese centro más íntimo, fuera del hombre inmortal interno. En los tipos inferiores de la humanidad, la energía motora se encuentra en los deseos de naturaleza animal, que imperiosamente exigen satisfacción e impulsan al hombre por el camino que conduce a tal satisfacción. Por esta razón pueden predecirse las acciones de la mayor parte con seguridad, conociendo los objetos que les son gratos y los deseos que en ellos despiertan. El resultado, pues, de nuestro estudio de la evolución en general, nos lleva a la conclusión de que esta parte de la imagen divina en nosotros, es uno de los frutos más tardíos de nuestro desenvolvimiento, y que la característica de la espontaneidad se ve que es tanto más marcada cuanto mayor sea el desarrollo.

Si volvemos nuestra atención especialmente al orden de la evolución de las cualidades mentales, llegaremos a una conclusión semejante. La Voluntad no se manifiesta sino después que la memoria, la comparación, la razón, el juicio y la imaginación han alcanzado un desarrollo considerable. Durante largo tiempo, estas crecientes facultades mentales se hallan sujetas al servicio de la naturaleza de deseos; son las servidoras del Kama, y vuelan a ejecutar las órdenes de los deseos. Pero, por fin, elévase lentamente una nueva figura en lo recóndito y confuso de la mente; y después que las facultades mentales han completado su obra en un asunto dado, surge una voz autoritaria de las nieblas que forman los límites de la conciencia en desarrollo, y ordena que se siga una determinada línea de conducta. El consejo de las facultades mentales encuentra a su presidente, y la autoridad reduce al silencio toda disputa. La razón podrá a veces desafiar las órdenes de la voluntad, pero se ve obligada a ceder; pues hay en la voluntad una energía extraña que emana del origen mismo del ser, que la entroniza como monarca sobre el reino de la mente. Nacida la última, asegura, sin embargo, su superioridad, y todo lo demás se humilla ante su cetro. Pero encontrándose aún en la niñez, no muestra sino poco de su verdadera majestad; sólo podemos reconocerla en la espontaneidad de la Voluntad-Padre, la Voluntad que gobierna los mundos.

Si nos dedicamos al examen interno, encontramos que la voluntad es la facultad que más se resiste a nuestro análisis. No podemos llegar a su raíz, que parece penetrar profundamente en el centro de nuestra vida. Parece que se eleva de una región velada a nuestra conciencia; que pide cuentas a todo, pero que no rinde ninguna. Vemos que se mueve entre cadenas, pero, sin embargo, sentimos bajo esas cadenas una energía viva;

tales cadenas no han engendrado esta fuerza viva; las causas determinantes no son los generadores de la voluntad.

Por tales razones, pues, vemos en la voluntad la energía directora que se eleva por encima o más allá de la mente más bien que en ella, y que aparece en una de las últimas etapas de la evolución humana, siendo en su esencia idéntica a la majestuosa Voluntad divina de acción propia que guía al universo.

Por esto, nos vemos llevados a la conclusión de que la voluntad, en su naturaleza esencial, es libre, por ser en cada hombre como un brote de la Voluntad universal. ¿Cómo es, pues, que se halla atada, y cómo se forjan sus cadenas? A estas preguntas dan la respuesta la reencarnación y el Karma.

No es necesario que nos ocupemos aquí de la reencarnación en sus detalles. Basta que consideremos al hombre como un individuo que evoluciona, y en cuya carrera de la vida los nacimientos y las muertes son incidentes que se repiten. El nacimiento no es el principio de una vida, ni la muerte su terminación; el nacimiento y la muerte sólo principian y terminan un simple capítulo en la historia de la vida; la historia tiene muchos capítulos, y la trama los recorre todos. Así como el hombre vive durante un día, se duerme por la noche y se despierta a la mañana siguiente para un nuevo día, del mismo modo la individualidad que evoluciona, experimenta una y otra vez la mañana del nacimiento y la noche de la muerte, permaneciendo la misma vida y pasando en continuidad no interrumpida por los nacimientos y muertes.

Si hoy incurro en una deuda y me duermo inconsciente de ella, mi deuda se me presenta al despertar a la siguiente mañana. No ha sido saldada en el transcurso de la noche. Pueden pasar muchos días, y el recuerdo de la deuda puede borrarse de la mente, pero el día del pago llega y el acreedor se presenta al cobro sin que su crédito sea menos válido por mi falta de memoria. Tales deudas son contraídas por cada individuo en su evolución, y estrictamente cobradas cuando llega la época del pago. El Destino inexorable toca a nuestra puerta y no podemos eludirlo. Al considerar estas deudas del pasado, vemos que venimos al mundo teniendo ya determinada la mayor parte de nuestro destino. Nacemos con una mentalidad y una naturaleza de deseos que han sido contraídas por nosotros en el pasado, formadas por los actos del mismo individuo que tiene que habitar en el presente su construcción del pasado. Nuestro carácter, nuestros poderes y nuestras limitaciones, nuestras facultades y nuestras deficiencias, nuestras virtudes y nuestros vicios, son los más potentes factores en nuestro destino, y condicionan toda nuestra vida presente. Un hombre de inteligencia estrecha y de inclinaciones viciosas, nacido en un ambiente miserable, no puede llevar la misma vida que el hombre de inteligencia vasta y virtuosa, nacido en un medio de los más felices. Cada uno de ellos es obligado por la necesidad; no puede exigirse de ambos, con justicia, las mismas manifestaciones, ni puede censurarse al uno el ser tan inferior al otro. La necesidad impone direcciones del pensamiento y de la acción, y la voluntad en vías de desarrollo se ve impedida por ellas a cada paso. Nos vemos obligados por nuestro pasado, por nuestros pensamientos y nuestros deseos y aspiraciones en las vidas que hemos dejado atrás, y tan sólo una pequeña parte de nuestro presente es construida por nuestra voluntad actual. Así como nos formamos una costumbre y ésta se torna en una fuerza que nos obliga, de suerte que la seguimos inconscientemente y tenemos que desplegar una gran energía para cambiarla, así mismo somos arrastrados a pensamientos y acciones por las costumbres que nos hemos formado en el pasado y que hemos traído a nuestra vida presente. A esta herencia del pasado la llamamos Karma, y es la fuerza determinante en nuestras vidas. Yo pienso de cierto modo porque me he formado la costumbre de pensar así; obro de cierta manera porque mis pensamientos han abierto el

canal por donde transcurren mis energías. Por todos lados la necesidad me obliga, mi voluntad se mueve entre cadenas por mí mismo forjadas.

¿Dónde está la libertad? Dentro de los límites de estas obligaciones, impuestas por nosotros mismos, la cautiva voluntad se mueve penosamente; pero es, sin embargo, la fuerza viva con su poder de espontaneidad, de iniciativa. Aquel que forjó su presente en el pasado, se halla todavía aquí en medio de sus hechuras, no como un muñeco, sino como un alma viviente; él puede cambiar y modificar lo que en otro tiempo formó; puede limar las cadenas que sobre sí remachó mucho tiempo hace. Ahí están los productos de sus pensamientos pasados; pero él es siempre el Pensador, y aun dentro de los más estrechos límites puede todavía trabajar, ampliando, modificando y rompiendo. El Dios que se desenvuelve está ahí, aunque aprisionado en la tela tejida por la ignorancia; él está siempre en el centro y allí está libre, bien que obligado en lo externo por el resultado de locuras y errores pasados. En la misma proporción que se desarrolla y se esfuerza en romper sus cadenas, se extiende su libertad, hasta que finalmente su pasado es aniquilado y alcanza la libertad divina.

En nosotros, lo mismo que en la naturaleza externa, el conocimiento de la ley implica el poder de ejecutarla. El hombre ignorante es arrastrado de aquí para allí por las leyes de la naturaleza; un pedazo de madera arrastrado por la corriente de la vida. Pero el hombre instruido sujeto a las mismas leyes, ejercita su poder de elección, pesa y obtiene el fin escogido; obra por leyes fijas, pero pone su fuerza de vida con la fuerza de la ley que contribuye a su objeto, y neutraliza las que le son contrarias por la actividad de otras energías. En todas partes de la naturaleza vivimos y obramos en medio de leyes fijas, atados por nuestro pasado y ciegos por la ignorancia; en la proporción que extinguimos el pasado y transformamos nuestra ignorancia en conocimiento, seremos libres. El poder crece a medida que vemos con más claridad; a medida que nos elevamos aumentamos nuestra libertad, hasta que finalmente llegaremos al centro donde mora el propio impulso. Somos obligados por la necesidad, pero nos estamos sobreponiendo a ella; no somos aún libres, pero estamos evolucionando hacia la libertad. Mientras más nos aproximemos a la realización de nuestra divinidad, más libres nos hallaremos, y cuando nuestras separadas voluntades, evolucionadas y con propio impulso, se fusionen armoniosamente en la Voluntad Padre, experimentaremos esa realidad de la libertad, cuyo confuso presagio nos hizo aferrarnos a la creencia en el libre albedrío. En este punto, también las enseñanzas de la Teosofía prueban que son nuestro portador de luz, nuestro Lucifer, la estrella de la mañana.

LA ORACIÓN Y LA REDENCIÓN

En la *Theosophical Review* de Febrero de 1898, apareció un artículo mío sobre la oración (véase SOPHIA, tomo VI, pág. 104). Los lectores a quienes interese el asunto pueden verlo, y así trataremos este problema ahora con brevedad.

Hemos visto ya en el primero de estos artículos, que existen “jerarquías graduales de inteligencias vivas... los Dioses”. La comunicación con estos Seres es posible por medio de la concentración del pensamiento y de la fuerza de la voluntad. Cuando una persona ora por cosas físicas, por éxitos, por ganancias y otras por el estilo, si tales oraciones son correspondidas, no es esto resultado de la acción inmediata de la Inteligencia Suprema, el Alma del Mundo, que no se mezcla directamente con estas pequeñeces mundanas, sino de un agente intermedio que se ocupa en administrar las actividades inferiores del imperio del mundo, de una inteligencia de grado inferior, sensible a estas vibraciones de pensamientos y sentimientos concretos. En muchas de

estas oraciones existe realmente una orden; un hombre da una orden, aunque sea en forma de petición. Su efectividad es comunicada a la oración por la concentración de pensamiento necesaria a la misma; cuando la mente actúa con intensidad y con propósito, sus pensamientos son órdenes. La inteligencia inferior que responde al mandato y lo ejecuta – que muchas veces es un elemental sub-humano o artificial – actúa como un agente de la Voluntad divina expresada en la ley. Si usamos el método debido, la ley acarreará el resultado. Conociendo las leyes del pensamiento, se puede manejar a estos seres, o ignorándolos, podemos utilizarlas obedeciendo los mandatos de los instructores religiosos acerca de la oración. Un niño que no conoce nada del complicado mecanismo de un aparato determinado, puede, sin embargo, hacerle funcionar y obtener su resultado, dando vueltas a un manubrio y poniendo la máquina en movimiento, obedeciendo la indicación de un maestro obrero. Del mismo modo un hombre, obedeciendo la indicación de un sabio – verdadero maestro obrero – puede poner en marcha la máquina de la oración, y obtener el objeto deseado.

Cuando un hombre se ha hecho fuerte en la aspiración espiritual, y no busca ya la ganancia ni a Dios por el beneficio; cuando todo su deseo es parecerse a Aquello que adora, y su oración es un acto de contemplación y culto, entonces el resultado de la oración es atraer una respuesta de la elevada región espiritual a que aspira el pensamiento del suplicante. Las vibraciones sutiles del reino espiritual, actúan en el alma que se eleva, despertando los elementos divinos correspondientes que existen latentes en él, y éstos, vibrando en contestación, inundan al hombre con una nueva sensación de poder, y le hacen comprender algo de la naturaleza de la Divinidad. Dado que lo Divino está en todas partes, como en Él nos movemos y vivimos, esta llamada a lo divino interno, y este “Dios en nosotros” comunica a la mente y al corazón la energía de la naturaleza espiritual, haciéndonos conscientes de nuestro propio poder divino.

Todo esto está expuesto con detalles en el artículo antes mencionado; así es que no creemos necesario más explicaciones sobre este punto.

LA REDENCIÓN

Hay una profunda verdad espiritual en el fondo de las diversas doctrinas de la redención, expuestas de tiempo en tiempo por las Iglesias Cristianas. En todas ellas Jesús el Cristo ha sido la figura central, y la redención le es atribuida.

En los primeros tiempos de la Iglesia Cristiana, la muerte de Jesús era considerada como pago hecho a Satán para rescatar a la humanidad de su poder. La humanidad dependía del demonio a consecuencia de la caída, y el hombre era el “esclavo del demonio”. Para redimir este desgraciado esclavo, Dios dio Su propio Hijo, siendo el rescate pagado con su muerte en los tormentos. Habiendo sido pagada de este modo la deuda del hombre, quedó libre del reino de las tinieblas, y se convirtió en el hombre exento de aquel a quien había pagado su deuda.

En fases posteriores del pensamiento cristiano sobre este punto, surgió una doctrina mucho más tenebrosa. El sacrificio del sufrimiento y muerte ofrecido por el Hijo de Dios, encarnado como hombre se declaró haber sido ofrecido al Dios Padre para apaciguar su cólera y expiar por procuración los pecados de los hombres. El ingenio humano inventó la idea de un pacto verificado en las regiones celestes entre dos Personas de la Deidad para la redención de los hombres caídos, y luego siguieron todas las dolorosas exposiciones de la cólera divina de una parte, y de la agonía divina de otra, contra las cuales se ha rebelado en nuestros días la conciencia de los cristianos de mente más espiritual. Muchos individuos del clero más noble cristiano se han puesto al

frente de una escuela cada vez más extensa de pensadores, que repudia con indignación esta forma grosera de la doctrina medieval como una blasfemia contra Dios, deshonrosa para la justicia, y profundamente errónea en lo que respecta a las relaciones entre el hombre y la Divinidad. Hombres tales como Mr. McLeod Campbell, de la Iglesia Escocesa, F. D. Maurice y F. Robertson, de la Inglesa, exponen una enseñanza más pura y verdadera; ven que la función del Hombre Divino no es crear una nueva relación entre Dios y el hombre, sino poner de manifiesto y vindicar una relación que ya existía. Muchas personas devotas se han disgustado tanto con estos juegos de palabras, en los cuales una Persona divina se presenta airada y la otra propiciadora, una exigiendo y la otra pagando, han sentido tanto la falta de verdad y de espiritualidad en todo ello, que han rechazado indignadas toda la doctrina de la redención, olvidando que aún bajo el velo de errores que repelen, puede existir oculta una verdad que no debemos dejar inadvertida.

Semejante verdad existe en esta doctrina de la redención, y esta verdad es la que ha hecho que la doctrina arraigue en el corazón de los hombres. ¿No es en verdad extraño, cuando pensamos en ello, que una doctrina tan estrecha, injusta y errónea, haya, sin embargo, impulsado a una vida noble a algunos de los más puros y más abnegados de los hijos de los hombres? En esta doctrina misma, que nos parece tan repulsiva, muchas almas cristianas amantes y tiernas han encontrado su estímulo más fuerte para el sacrificio propio, su fundamento más firme para una vida santa y de más vasta utilidad. Donde quiera que encontremos tales incongruencias entre la exposición verbal y el efecto que produce en almas elevadas, debemos tener la seguridad de que tales almas han percibido, por penetración espiritual, vislumbres de una verdad que se encuentra velada por una presentación cruda y errónea. ¿Cuál es esta Verdad?

A medida que el alma humana evoluciona, ensancha continuamente los límites de la conciencia individual, abarcando más y más dentro de su esfera de acción. El alma estrecha no evolucionada carece de extensa simpatía, lo cual prueba que la evolución espiritual no ha comenzado aún. Al estudiar la evolución humana vemos que la conciencia se ensancha y abarca cada vez más dentro de sus límites; primeramente hállase circunscrita a lo físico, y después se extiende y abarca lo astral, y al ensancharse más abarca lo mental. En el transcurso del tiempo el hombre pasa por la primera gran iniciación, y según la frase cristiana “el Cristo nace en él;” empleando la terminología teosófica, la conciencia principia a funcionar en el plano búddhico, el plano del amor, de la dicha y de la unidad, el plano espiritual inferior. Lentamente se desenvuelve “el Cristo”, la conciencia obra más y más en el mundo espiritual, y se hace habitual una nueva actitud. El hombre se siente que es uno con todo lo que le rodea, uno con todo lo que vive. Ya no se siente separado, sino uno con todas las vidas entre las cuales se mueve. No pierde por eso su propio centro de conciencia, sino que de algún modo extraño y sutil compenetra todas las demás conciencias y las siente como suyas. Se dilata para contener todas las demás y no hace diferencia entre “él mismo” y “ellas”. En este reino espiritual siente como los demás sienten, piensa como ellos piensan, sufre como ellos sufren, goza como ellos gozan; en verdad, no existen “otros”, sino que todos son él mismo. Cada hijo de hombre es una parte de la vida de este hombre; no están fuera de él para inspirarle simpatía; son formas de sí mismo; él vive, peca, teme, espera, lucha en todos ellos. Cuando esta conciencia se ha establecido definitivamente, el Cristo ha llegado a la virilidad, y la consagración del bautismo verdadero lo señala como un Hijo de Dios manifestado. Entonces viene el conocimiento de su lugar en el mundo, de su función en la naturaleza – ser un Salvador y redimir los pecados de las gentes. Él se encuentra en el corazón íntimo del mundo, el santuario de Buddhi, como Sacerdote Superior de la Humanidad. Él es uno con todos sus hermanos, no por sustitución de

procuración, sino por la unidad de una vida común. ¿Es alguno pecador? El es pecador en él para que su pureza lo pueda purgar. ¿Está alguien triste? Con ellos él es el hombre de las tristezas; todo corazón destrozado se destroza en el suyo; cada corazón traspasado es el suyo propio. ¿Está alguien alegre? Con él alegre se siente, y derrama su dicha. ¿Ansía alguien algo? Pues con él siente la necesidad para poderla llenar con su satisfacción completa. Él lo posee todo, y porque es suyo es de ellos. Él es perfecto; así, pues, ellos son perfectos en él. Él es fuerte; ¿quién puede, pues, ser débil toda vez que él está en ellos? El subió a su elevado sitio a fin de poder derramarse en todo lo inferior a él, y vive a fin de que todos participen de su vida. Él levanta al mundo entero consigo al elevarse; el sendero es más fácil para todos los hombres porque él lo ha hollado.

Cada hijo del hombre puede convertirse en tal Hijo de Dios manifestado, en semejante Salvador del mundo. En cada uno de tales Hijos está “Dios manifestado en la carne”, el redentor que ayuda a toda la humanidad, el poder vivo que hace todas las cosas nuevas. Sólo se necesita una cosa para hacer que este poder se manifieste activamente en cualquier alma individual: el alma debe abrir la puerta y dejarle entrar. Aun él, que todo lo compenetra, no puede forzar su camino contra la voluntad de su hermano; la voluntad humana puede mantenerse firme tanto contra Dios como contra el hombre, y por la ley de evolución debe asociarse voluntariamente con la acción divina, en lugar de ser forzada a la sumisión. Que la voluntad abra la puerta, y la vida inundará al alma. Mientras que la puerta esté cerrada, sólo podrá aspirar a través de ella su inexpresable fragancia, a fin de que esta fragancia pueda conquistar allí donde el obstáculo no puede ser arrollado por la fuerza.

Esto es, en parte, ser un Cristo; pero ¿cómo puede una pluma mortal reflejar lo inmortal, o palabras mortales expresar lo que está fuera del poder del lenguaje? La lengua no puede pronunciar, la mente no iluminada no puede comprender ese misterio del Hijo, que se ha convertido en uno con el Padre, llevando en su seno los hijos de los hombres. Esta es una parte de la gloriosa verdad que se halla disfrazada en la doctrina de la redención que se ha enseñado durante siglos; este es el secreto de la influencia que, aun dentro de su forma errónea, ha resultado ser tan gran inspiración para muchos nobles corazones. Hasta cuando el error ciega el entendimiento, el poder vivificante de ese amor sempiterno se deja sentir, y almas sensibles a las influencias espirituales responden a su dulce presión, y también en su pequeña esfera principian a participar de la alegría de dar, de vivir la vida que es amor. Una religión espiritual no tiene recompensa separada que ofrecer, ni castigo separado que imponer. Sólo puede decir: “Mientras que amas sirves, la Vida Divina tiene en ti un canal de expresión, y cuando llegues al mundo superior alcanzando la conciencia más dilatada, entonces sabrás también lo que todo santo ha ansiado, lo que cada Maestro ha llevado a efecto; sentirás en ti la Vida Divina como tu propia vida, y de este modo entrarás en la dicha de tu Señor”.

* * *